

Comín y López Raimundo

EMOCIONARME cada vez me cuesta más. Esto que soy católico, feo y sentimental. Estoy a favor de la emoción, que no confundo con las lágrimas de cocodrilo. La cultura imperante incita a reprimir las emociones porque revelan los sentimientos, sobre todo cuando éstos son buenos. Los buenos sentimientos tienen, hoy, muy mala fama. Implican hacer el primo, por lo que se ve. Pero la última vez que me emocioné de verdad fue por culpa de la ausencia de Alfonso Carlos Comín y de la presencia de Gregorio López Raimundo. Como estos dos personajes me refrescan positivamente la memoria histórica, imprescindible para tener sentido del presente y del futuro, oso agitar un poco la memoria del lector. Perdón por la imprudencia. Ser desmemoriado, hoy, es signo de buena educación. Pero me encontré participando en una mesa redonda en el local del PSUC del Sant Feliu de Llobregat tan bien dirigido por el alcalde "culé", Francesc Baltasar. Era un acto de homenaje a Alfonso Carlos Comín con Gregorio López Raimundo y Joan Gomis. La pequeña sala estaba llena, cosa extraña, porque los comunistas y los católicos progresistas andamos hoy en horas bajas. Pero había toneladas de esperanza en aquella sala y no sé por qué pensé que los sentimientos de izquierda social y de cristianismo generoso tienen hoy algo de catacumbico. En mi intervención recordé el fracaso actual del católico progresista y del "pesuquero" ateo marxista. Estuvimos juntos en la misma trinchera, como le gusta decir a Gregorio López Raimundo, luchando por la democracia y estamos juntos con alma de relativamente supervivientes en el mismo banco de los perdedores cuando la democracia se ha instalado. Todo incita al pesimismo, pero es imposible ser pesimista hablando de Alfonso Carlos Comín porque era un monumento, ambulante y viviente,

no al optimismo sino a la esperanza. Esperanza humana para unos, esperanza cristiana para otros. Y su recuerdo obliga a reactivar la esperanza. Y la esperanza, emociona. Y la sensación de haber perdido toneladas de esperanza, duele. Josep Ramoneda, en ocasión de la muerte de Charles Möeller, en estas páginas de «La Vanguardia», nos reprochó a los cristianos haber perdido la esperanza que derrochábamos antes. Y tenía más razón que un santo laico.

Pero durante unos años, mientras cierto marxismo iba a la bancarrota y el catolicismo totalmente avanzado hacia aguas, y las deserciones y dimisiones se producían por todas partes, cuando habían razones para que unos y otros segregáramos océanos de desesperanza, sucio pragmatismo y acomodaticio nihilismo, existía, aún vivo, Alfonso Carlos Comín demostrando lo que es esperar generosamente cuando un proyecto de historia se deshace entre las manos y la propia vida se escapa de los dedos.

MUCHAS crisis de esperanza, lógica según los acontecimientos, no se produjeron porque vivía en carne Alfonso Carlos Comín esperando en Dios y en el hombre a las puertas de la muerte. Con su muerte se giró una página de la historia de nuestro país. Pero el día de aquel coloquio, oyendo a Gregorio López Raimundo explicando, emocionado e ilusionado cómo se había producido el fin de la guerra entre comunismo y el catolicismo en Cataluña, y por este camino es España y en amplios sectores de la Europa Occidental, gracias a Alfonso Carlos Comín y su tenacidad en la convicción y en la generosidad, la esperanza se palpaba en el aire. Yo antes había expuesto que el fin del conflicto histórico entre comunismo y cristianismo no se debía

sólo a Alfonso Carlos Comín, sino también y mucho, a gentes del PSUC de raíz agnóstica o atea, sobre todo a Gregorio López Raimundo. Y me di cuenta, cuando Gregorio hablaba, que no sólo el recuerdo de Alfonso obligaba a recuperar la esperanza, sino también la entereza y la generosidad con que Gregorio, tan estimable por su historia pasada, ha sabido mantener en la crisis del PSUC por el que había apostado toda una vida de clandestinidad, cárceles y exilios.

AHORA coinciden dos hechos en el tiempo que activan mi memoria. Por un lado se ha demolido la casa de la antigua rambla de los Estudios en la que vivió de joven Alfonso Carlos Comín y donde existía una habitación llamada "Carromato" en la que muchas gentes de mi generación pasaron tardes de su postadolescencia compartiendo la amistad y los sueños de un futuro colectivo mejor. El "Carromato" era un templo a la amistad del que surgió abundancia de esperanza humana y cristiana. Y a la vez se ha rendido público homenaje a Gregorio López Raimundo con motivo de la presentación de sus escritos. Y se lo ha rendido la misma Generalitat.

Ahora siento necesidad de contar las dos conversiones de Alfonso Carlos Comín. La primera en los años cincuenta, cuando encabezaba una generación de "menendezpelaístas" y "joseantonianos" sintiéndose heredero de los vencedores de la Guerra Civil y dirigiendo una revista casi integrista que se llamaba "El Grano de Mostaza". Entonces, al descubrir católicos liberales, al equipo de la revista "El Ciervo" y las gentes de la revista "Laye" y a sa-

(Pasa a la página 6)

JAUME LORÉS

Comín y López Raimundo

(Viene de la página 5)

cerdotes no jesuíticos como Ricard Pedrals, abrazó con más fe que nadie la causa de la lucha por los pobres y la justicia, la libertad y las razones de los vencidos en la Guerra Civil.

Pasaron los años y como todos nosotros comulgó con las ruedas de molino y las ruedas de verdades del izquierdismo más enérgico. Pero cuando entró en el PSUC sufrió una segunda

conversión, en contacto con la tradición y la presencia de Gregorio López Raimundo, a la "reconciliación nacional", al catalanismo militante y a la plenitud de la democracia. Estas dos conversiones, por el peso histórico y personal de Alfonso Comín, influyeron mucho en la vida política y cultural de Cataluña. Son hechos de un peso específico importantísimo. Que si los hubiera protagonizado otro, sin la robustez cristiana y humana de Alfonso, no habrían tenido tanta importancia. El "Carromato" ya no existe. Gregorio López Raimundo se ha jubilado. Pero el recuerdo de uno y la presencia del otro son un acicate para que todos los que de una forma u otra participaron en aque-

llas aventuras nos convirtamos otra vez a la esperanza. Ésta es una especie de testamento imperativo de Alfonso cada vez que se tropieza con su recuerdo. Y es una exigencia viva de Gregorio cuando se releen sus escritos. Porque los motivos para esperar existen. A pesar de tantos factores de signo contrario. Porque para unos y para otros, o existe el Dios en el que espera Alfonso o el hombre en el que esperaban Alfonso y Gregorio. Dios y el hombre son un acicate para que redescubramos estas fuentes de esperanza. Pero para ello hace falta despertar la memoria y no reprimir las emociones.

J. L.